

Bibliografía comentada*

RAMÓN ROIG**

Fue allá por 1966 cuando J.L. Aranguren tuvo el mérito de sacar a la luz la obra de una autora por aquel entonces en el exilio y casi desconocida en España. En aquellos momentos nos advertía: «Si los escritores españoles no fuésemos tan duros o tan indiferentes los unos para con los otros, si de verdad nos importase lo que los demás hacen por su valor objetivo, y no para elogiarles porque son amigos nuestros o, al revés, para denostarles porque no pertenecen a nuestro grupo, hace algún tiempo alguien habría estudiado, como se merece, la obra de María Zambrano».¹

A fecha de hoy, 1994, muy diferente es la situación en la que se encuentra la obra de María Zambrano. Literariamente su decir ha sido ampliamente valorado y reconocido, no en vano ha recibido los dos más grandes galardones que un escritor en lengua castellana pueda recibir. En 1981, viviendo todavía lejos de los suyos y de lo suyo, se le concede en Premio «Príncipe de Asturias» de Comunicación y Humanidades, lo cual suponía el primer reconocimiento oficial para una obra dispersa por medio mundo. En el otoño de 1988 le es otorgado el Premio «Miguel de Cervantes» por su Majestad el Rey. De este modo brillante se unía a la lista de los grandes autores en lengua castellana (C. Fuentes, Buero Vallejo, Torrente Ballester, Sábato, Borges, Alberti, O. Paz., Onetti...). Pero a nivel de pensadora la realidad ha sido muy otra. Sigue siendo una autora casi desconocida y poco prestigiada. Salvo honrosas excepciones la Universidad ignora su obra, y son todavía muy escasos los estudios que sobre su pensamiento se han realizado. Para una de nuestras más insignes autoras sigue cayendo la condena de la sombra. En la Fundación María Zambrano siguen estando amontonados sus múltiples escritos inéditos. Sus Obras Completas, tan indispensables para quienes queremos saber mejor de ella, son a fecha de hoy la ilusión utópica de unos muy pocos.

Fue allá por 1930 cuando María Zambrano se daba a conocer al público ma-

* A fecha de hoy ninguna bibliografía de María Zambrano pretende ser definitiva. Las más completas son las publicadas por Juan Fernando Ortega Muñoz en *Jábega*, núm. 65, 1989: la presentada por Jesús Moreno en *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*. Madrid, Siruela, 1993; y la aparecida en la revista *Anthropos*, núm 70-71, 1987, pp. 82-94.

** Profesor de Filosofía del Colegio Rey D. Jaime. Castellón.

1 J.L. López Aranguren: «Los sueños de María Zambrano», en Juan Fernando Ortega Muñoz (ed.): *María Zambrano o la Metafísica recuperada*. Universidad de Málaga, 1982, p. 45.

drileño con una obra modesta, *Nuevo Liberalismo* (en cubierta, *Horizonte del Liberalismo*). En él nos da sus referencias políticas y humanas. Libro escrito cuando apenas tenía 26 años, se sitúa lejos del comunismo e igualmente lejos del fascismo, las dos grandes locuras de la razón europea en el siglo XX; y reclama, siguiendo la estela de Ortega y Gasset, su maestro, un liberalismo donde el individuo y la vida no fueran meros medios sino fines últimos, donde la razón no fuera dueña de nada, sino humilde servidora de la libertad: liberalismo humanista y no económico, donde se tuviera claro que lo insobornable es la condición humana.

Cuatro años más tarde publica sendos artículos de decisiva importancia en el devenir de su proyecto vital e intelectual; me refiero a «Por qué se escribe»² y «Hacia un saber del alma»³. El primer artículo es una reflexión sobre la significación del escribir, donde empieza haciendo una contraposición con el hablar. Allí se pregunta: habiendo un hablar, ¿por qué el escribir?; y nos contesta: «hablamos porque algo nos apremia y el apremio llega de fuera, de una trampa en que las circunstancias pretenden cazarnos, y la palabra nos libra de ella».⁴ De la necesidad inmediata surge el decir espontáneo, pero el escribir y su necesidad surge de algo más profundo, y es que las grandes verdades no suelen decirse de forma espontánea. La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, es el silencio que no suele aflorar a la superficie de las vidas. «Hay cosas que no pueden decirse», y es cierto. Pero esto que no puede decirse, es lo que se tiene que escribir».⁵ En entrevista concedida hace pocos días (24 de mayo de 1994), Antoni Marí, uno de los mejores conocedores de la obra de María Zambrano, señala, hablando de la necesidad de recuperar un pensar sobre el alma en la actualidad, que «dos filósofos españoles han estado interesados por el problema del alma y le han dedicado reveladores ensayos».⁶ Estos autores que él refiere son, de un lado Rafael Dieste, en *El Alma y el espejo*, y de otro, precisamente María Zambrano, en *Hacia un saber sobre el alma*. En este artículo, nuestra autora pretende rastrear en la senda, abierta por Max Scheler a principios de siglo, de un *Ordo Amoris*, de un orden del alma que el racionalismo, más que la razón, desconoce.

La guerra civil española abrió en el corazón de María, y en el de casi todos los españoles, una herida que ya nunca sanó del todo. La esperanza estaba a punto de ser vencida por la fuerza de las armas. De esta herida sangrante nació en 1937 *Los intelectuales en el drama de España*⁷ y toda una serie de artículos recogidos en sus *Ensayos y Notas*,⁸ donde se analiza las causas de la tragedia que Eu-

2 «Por qué se escribe», en *Hacia un saber del alma*. Buenos Aires, Losada, 1950.

3 *Hacia un saber del alma*. Madrid, Alianza, 1987.

4 «Por qué se escribe», en *Hacia un saber del alma*, p. 31.

5 *Ibidem*, p. 33.

6 *La vanguardia*, 24-mayo-1994, pp. 40-41.

7 «Los intelectuales en el drama de España», en *Senderos*. Barcelona, Anthropos, 1986.

8 *Ensayos y Notas*. Barcelona, Anthropos, 1986.

ropa y España estaban viviendo. Sin rastro de amargura, y sin apasionamiento alguno, nos señala cómo la separación que se ha producido entre las ideas y la vida, ha situado a la razón europea al borde de, si no en, la locura. Y es que, según ella observa: «las ideas han dejado de ser para la vida, y la vida, ha llegado a ser para las ideas».⁹ Europa y España han perdido su sitio en la historia, Europa al vender su alma a la idea, España al no poder encontrar desde hace siglos la reconciliación consigo misma. Un artículo que, según los entendidos, cabe destacar por su trascendencia, es «"La guerra" de Antonio Machado»,¹⁰ ya que marcará el despertar de un método que hará futuro a lo largo de toda su obra: la razón poética. Frente a la razón científica, descualificadora, desubjetivadora, y que anula la heterogeneidad del ser, esta razón poética reivindica la realidad inmediata, sensible, que el poeta ama por su propia condición. Y es que para María Zambrano, siguiendo la línea de Machado, la poesía es la manifestación más transparente de la honda realidad de ese suceso histórico que llamamos España.

En este mismo ritmo vital se mueve *Pensamiento y poesía en la vida española*,¹¹ donde prosigue su desesperado intento por tratar de comprender la historia de España. Frente al racionalismo que ha pretendido durante siglos buscar la unidad, el ser, más allá de todo movimiento —negando así de forma explícita realidad al devenir y al tiempo—, María Zambrano reclama la urgencia de un saber nuevo, de un saber en el que a la fe de la razón le sustituya la fe en la vida, dado que se parte de la base de que la razón viene a ser útil cuando se asienta sobre la esencia del ser humano, que es por su propia naturaleza «historia». Frente a una Europa que ha hecho del Idealismo bandera, donde el individuo se encontraba alienado, ha habido en España una forma de encontrar al individuo entero. Goya lo pinta en sus cuadros, la literatura española refleja en sus obras la realidad dolorosa de ese ser que vive, y ha de enfrentarse a la realidad suprema: la muerte. Es en este realismo español donde puede asentarse un nuevo saber sobre el ser humano, que nos saque del atolladero en el que la cultura moderna se ha situado.

Ya en México publicó *Filosofía y poesía*,¹² donde inaugura su preocupación, ininterrumpida a lo largo de su vida, por los géneros del escribir. María Zambrano recupera la polémica platónica entre la filosofía y la poesía para, contrariamente a Platón, hacer una reivindicación del saber poético. Y es que para ella no hay necesidad de anteponer uno a otro decir, ambos vienen a reflejar distintos modos de estar en el tiempo. «En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual».¹³ La poesía es encuentro, don, gracia que la per-

9 «La reforma del entendimiento», en *Senderos*, p. 76.

10 «"La guerra" de Antonio Machado», en *Senderos*. pp. 60-70.

11 *Pensamiento y poesía en la vida española*. Madrid, Endymion, 1987.

12 *Filosofía y poesía*. Madrid, F.C.E., 1987.

13 *Ibidem*, p. 13.

sona sensible obtiene al saber escuchar; la filosofía, por otra parte, es violencia al suponer una renuncia a la realidad inmediata. El filósofo es asceta que quiere encontrar fundamento a la realidad más allá de la realidad cambiante, y es por eso que «el filósofo quiere poseer la palabra, convertirse en su dueño».¹⁴ Formas distintas de situarse en la realidad, el poeta, ignorando el suceder continuo de las cosas, vive prendido de ellas, y de este modo, la muerte, cuya realidad ignora, no es una preocupación para él; el filósofo, en cambio, al querer encontrar el *ser del hombre*, su alma, se halla de bruces frente a la muerte, y de ese encuentro surge la necesidad de admitir su realidad. Ya desde su origen «la filosofía es una preparación para la muerte y el filósofo es el hombre que está maduro para ella».¹⁵

Ya definitivamente instalada en el exilio americano, María Zambrano sigue indagando sobre aquello que le tiene preocupada, el *ser del hombre*. Con *El freudismo, testimonio del hombre actual*,¹⁶ penetra en el terreno de la psicología profunda, para intentar encontrar el motivo de la crisis de la realidad del ser humano. Con Freud descubre que éste es el animal que no se atreve a mostrarse en su desnudez, el animal que, teniendo vergüenza, hace del disimulo norma de conducta: «la primera condición de lo psíquico humano sería la tendencia a encubrirse. El afán de vestido, de máscara».¹⁷ Ningún otro animal como él necesita dormirse, situarse en la otra cara de la conciencia, para reconocer sus vergüenzas, sus entrañas. El ser humano necesita esconder aquello que le es más connatural, su animalidad. Con Freud, y sobre todo con Jung, inicia María Zambrano un viaje hacia el mundo de los sueños, en un intento de rescatar para la luz todas las miserias humanas.

En 1943 ve la luz *La Confesión, género literario y método*,¹⁸ donde se pretende seguir investigando sobre los modos del pensar occidental. La confesión se halla situada entre la poesía, la novela y aun cerca de la Historia. De los tres, la novela le es lo más cercano. Para nuestra autora este modelo del sentir halla en Job un claro precedente. Job representa en los ancestros de nuestra tradición el lamento, y es la primera persona que reclama de Dios su atención para con los humanos, una atención particularizada. En este género de la confesión empezó San Agustín a sintetizar sus creencias cristianas, con sus ideas sobre la filosofía griega. De esta síntesis nació, para María Zambrano, la idea de Europa. La confesión es el grito silencioso de quien, queriendo callar, tiene la necesidad de decir. Por ello se sitúa en un tiempo determinado y muestra un alma desnuda. La confesión es la mostración del alma que quiere reconciliarse consigo misma saliendo a la luz.

¹⁴ *Ibidem*, p. 42.

¹⁵ *Ibidem*, p. 56.

¹⁶ «El freudismo, testimonio del hombre actual» en *Hacia un saber sobre el alma*, pp. 103-124.

¹⁷ *Ibidem*, p. 107.

¹⁸ *La Confesión, género literario y método*. Madrid, Mondadori, 1988.

Tiene a bien María Zambrano intentar, reiteradas veces, reconciliarnos con nuestro ser, con nuestra historia. Una de estas ocasiones la hallamos en *El pensamiento vivo de Séneca*.¹⁹ En este caso concreto quiere recuperar la vigencia de uno de nuestros autores clásicos: Séneca. Para ella, clásicos son «aquellos que tienen juntamente dos notas características: una cierta permanencia en la popularidad y aun una cierta capacidad de “renacimiento” entre los cultos». ²⁰ Y a ambas condiciones responde el pensar del autor cordobés. Séneca pertenece a esa serie de antiguos filósofos que nos preparan en el amargo despertar de la razón, despertándonos de nuestros bellos sueños y haciéndonos beber la hiel de la necesidad. Es el sabio, en minúsculas, que nos hizo entrar en razón. Razón que no es, de ninguna manera, una razón pura, o absoluta, ya que su pensar es un intento de adaptarse a las condiciones que la vida le impone: es una razón mediadora puesto que intenta conciliar al individuo con su ser otro, el tiempo.

Uno de los temas más constantes a lo largo de toda la obra de Zambrano fue Europa. María parte de una tradición intelectual donde Europa es la salvación de España, había que europeizar España. Pero a principios de los años cuarenta la salud de Europa no era de ningún modo óptima, amenazada por el fascismo. Estaba sumida en una de las páginas más tristes de su historia. En *La agonía de Europa*²¹ nos muestra que los tiempos que le tocaron vivir a la generación de María Zambrano fueron tiempos complicados. Tuvo que asistir a la perdición del destino de España y a la amenaza de la definitiva ruptura de la unidad europea.

Y es que el árbol europeo no ha sabido dar sólo frutos buenos, también Europa ha sabido criar en su seno a sus más implacables enemigos. «Es la hora de los recién llegados, de los que adoran el éxito como único árbitro de las cosas divinas y humanas». ²² Europa no supo evitar su sombra, y así, junto a la razón, creció el monstruo de la sinrazón. Pero una pensadora como ella necesitaba comprender. Tenía la imperiosa necesidad de llegar a averiguar el porqué de tanto desvarío y de tanta locura. Como buena lectora, observa la historia en su multiplicidad de interpretaciones. Pero un dato se le aparece como manifiesto e irrefutable: a lo largo de los últimos siglos de la realidad europea la razón se ha alejado de la vida, se ha vuelto soberbia. *El hombre moderno* pensaba, en el delirio de la razón, que llegaría a ser como Dios, que ninguno de sus problemas carecía de solución, y que era cuestión de tiempo encontrar el camino de la perfección. Este alejamiento de la modestia intelectual hizo que la razón ignorase su raíz, la vida, y ésta, al verse aprisionada y estrangulada, se convirtió en peligrosa.

Desde el principio de sus días intelectuales rehuyó aparecer en sus obras,

19 *El pensamiento vivo de Séneca*. Madrid, Cátedra, 1987.

20 *Ibidem*, p. 12.

21 *La agonía de Europa*. Madrid, Mondadori, 1988.

22 *Ibidem*, p. 22.

nunca quiso hacer literatura para evitar que su «ser propio» saliera a la luz. Su vocación era fundamentalmente filosófica, ya que ella quería abrazar lo universal, y, por tanto, dejar al margen su particularidad. En *Delirio y Destino*,²³ es una de las escasas veces en que nos habla de sí misma. Es una novela biográfica que escribió en tan sólo cuatro semanas por el apremio de tener que presentarse a un concurso literario que convocaba el Instituto Europeo Universitario de la Cultura. Finalmente el premio no recayó sobre ella, pero Gabriel Marcel, miembro del jurado, quiso hacer constar su disenso con la decisión final, porque a su entender el texto que merecía el premio era el de nuestra autora, dado que el relato de María Zambrano representaba una historia de Europa y de la cruda realidad que se vivía en España en los años treinta.

Su introducción, «Adsum», es uno de los escritos más bellos de nuestra autora, donde combina con su gracia habitual un decir profundo y reflexivo con una forma digna de una pluma gloriosa. María se había dado cuenta, quizás leyendo a Miguel de Unamuno y en sintonía con el mundo clásico, que la vida es trágica, que no hay forma de escapar a nuestra realidad; y así nos señala, parafraseando a los trágicos antiguos, que «la tragedia única es haber nacido. Pues nacer es pretender hacer real el sueño. Nacer es realizar o pretender realizar el sueño de nuestros padres; el sueño de Dios inicialmente».²⁴

Si alguna obra cobra especial brillo dentro de su producción, no cabe ninguna duda de que ésta es *El hombre y lo divino*.²⁵ Aparecida allá por 1955 representa la culminación de un proyecto y la realización parcial de un sueño imposible. Creo que uno de los méritos esenciales que cabe atribuir a este libro es el de reconciliarnos definitivamente con el pensamiento, al demostrarnos que los españoles podemos ascender a los altos terrenos de la reflexión, que nuestra mirada puede llegar también a los temas más profundos. Sólo el tiempo situará a esta obra en su sitio exacto, pero yo intuyo que al final ocupará un lugar importante en la historia de nuestro pensamiento. Con esta obra, María Zambrano se pone a la altura de sus maestros, Ortega y Unamuno.

Hay una idea que funciona como eje del libro, y es precisamente su definición de filosofía. Para ella se puede definir como la transformación de lo sagrado en lo divino. Lo sagrado es aquella parcela de la realidad preñada de misterio, y en principio se opone a la realidad anodina y simple, lo profano. Lo sagrado es aquello que destaca por su fuerza de imposición, y ante lo cual nos resulta difícil ser indiferentes. Lo divino es la aparición de «lo Otro», de esa presencia luminosa que absorbe el tiempo y que representa el final de la oscuridad.

La «condenación aristotélica de los pitagóricos», uno de los fragmentos más

²³ *Delirio y Destino*. Madrid, Mondadori, 1989.

²⁴ *Ibidem*, pp. 16-17.

²⁵ *El hombre y lo divino*. México, F.C.E., 1973.

lentos de pensamiento, como ella misma reconoce, presenta una de las tesis más originales de todo su pensar. Para ella espacio y tiempo son categorías últimas del universo para el ser humano, y por tanto podemos dividir a los mortales por su diferente inclinación hacia alguna de estas dos categorías: de un lado encontraríamos a los fascinados por el tiempo, y, de otro, a los atraídos por el espacio. Si la primera batalla que libran ambos bandos viene representada por la oposición entre Heráclito y Parménides, con Aristóteles vencen definitivamente los atraídos por el espacio. Para Aristóteles el logos juzga con un sentido espacial, el Ser es lo que permanece, no se mueve, y lo que permite al hombre la salida a la luz. En su condena a los pitagóricos Aristóteles reniega de aquella cultura basada en el tiempo, de la cultura trágica.

En su ininterrumpido caminar por distintos lugares del mundo, aparece en 1958 *Persona y Democracia*,²⁶ libro éste que busca una justificación metafísica de la esperanza. Desde el conflicto entre la «historia trágica» —la realmente habida— y la «historia ética» —la que podría ser—, ella se plantea la necesidad de que el individuo de su época se decida por fin a aceptar la historia, el suceder de los hechos y el papel privilegiado que juega en este suceder. Hasta este momento el individuo, el individuo común, ha observado la historia como simple espectador, y así se ha sentido «traído» y «llevado» y aún «arrastrado» por fuerzas extrañas a su voluntad y ante las cuales no tenía otro remedio que someterse. Pero en algún momento debe decidirse a participar en la fuerza de la historia, debe empezar a saber hacia dónde dirige su vida, «lo cual sólo se realiza plenamente cuando se acepta la responsabilidad o cuando se la vive moralmente».²⁷ Sólo desde el momento en que el individuo supere su minoridad, y asuma, cada uno, un papel activo en el devenir de los hechos, será posible que los sueños de libertad no acaben en pesadilla sangrienta. Frente a toda concepción elitista de la historia, en la que la historia la hacen unos pocos y los demás la sufren, es preciso llegar a una concepción democrática, donde cada uno tenga que habérselas con su propia responsabilidad, puesto que sólo de este modo y mediante el equilibrio de las fuerzas contrarias es posible que una sociedad encuentre su quicio. La Democracia es el mejor de los sistemas políticos, implica el compromiso por parte de todos en realizar nuestros ideales. A finales de un siglo marcado por el odio y la intolerancia, es imprescindible que Europa penetre en la vía ética, en el deseo común de llegar a un lugar donde la humanidad pueda vivir humanamente. Y es que según ella sólo «por medio de la conciencia histórica se podrá ir logrando más lentamente lo que la esperanza pida y lo que la necesidad reclama».²⁸ Toda sociedad democrática supone la multiplicidad de los ritmos y su convivencia armónica. Los enemigos de la de-

26 *Persona y Democracia*. Barcelona, Anthropos, 1988.

27 *Ibíd.*, p. 11.

28 *Ibíd.*, p. 12.

mocracia no se hallan tan sólo en aquellos que quieren marcar el ritmo de los demás, sino también en aquellos incapaces de asumir su propio ritmo. Detrás de todo imitador hay alguien anhelante de que se le dirija su vida. Los deseos de poder se alimentan de los que van cediendo su propia responsabilidad. Sólo desde una perspectiva personalista de la historia, en la que cada uno sepa qué papel desempeñar, es posible salir de la vía muerta en que el siglo XX ha situado a Europa.

En los años 60 María Zambrano decide volver a reflexionar desde perspectivas diferentes sobre la esencia de lo español. Para lograr tal objetivo, no sigue casi nunca el camino directo, y más filosófico. Gusta ella de acercarse a algunos de los frutos más logrados de nuestra literatura, y de nuestros pensamientos, para tratar de hallar así cuáles son nuestros modos y nuestras formas. En 1960 publica *La España de Galdós*,²⁹ y es que, siempre según ella, nadie como Galdós ha pintado el vivir de los españoles, y en especial de ese español anónimo que había sido hasta este momento el gran olvidado de la historia y de la literatura. El ser más insignificante, el hecho más intrascendente, cobran de pronto un especial sentido pintados por este genial retratista. En Galdós es posible encontrar hasta «un sueño de cualquier día, un cuento escuchado distraídamente o quizá sólo una mano abierta al pasar, una mendiga a la que no se la encontró nunca; una misteriosa llamada desatendida, una leve presencia».³⁰

Ella misma reconoce que *España, sueño y verdad*,³¹ es la segunda parte de *Pensamiento y poesía en la vida española*. La novedad que aporta en este libro es que su reflexión no se centra sólo en obras o en autores, sino que se introduce en la comprensión de uno de los mitos más entrañados de la vida española: el mito de Don Juan. De él destaca su carácter trágico, de estar prisionero en el tiempo, involucrado en una especie de eterno retorno o de fija inmovilidad. También en Galdós se asoman a la ventana de la literatura por primera vez nuestras mujeres, no las mujeres idealizadas, tal como aparecen en la literatura caballeresca, sino las mujeres de carne y hueso. Las mujeres han dejado de ser pretexto de hazañas, para ser ellas mismas protagonistas de su propia historia. Con el romanticismo la mujer se incorpora a la historia, y aparece «la mujer con historia», la mujer que no es atributo de nadie sino propia decisión.

En este mismo libro María Zambrano nos habla de «La religión poética de Unamuno», donde, en la línea de don Miguel, nos sugiere la necesidad de partir de lo más profundo del ser humano, sus entrañas, si queremos lograr su cabal comprensión. Frente a Ortega, que teme penetrar en las tinieblas al considerar que éste es terreno poco propicio para el pensador, Unamuno nos indica que la única forma de llegar a la captación de la verdadera luz es penetrar en el

29 *La España de Galdós*. Madrid, Endymion, 1989.

30 *Ibidem*, p. 27.

31 *España, sueño y verdad*. Madrid, Edhasa, 1982.

abismo de las tinieblas: sólo en esta dirección es viable encontrar asiento firme a la esperanza. Son las tinieblas, la oscuridad, en donde el alma se halla viviendo: «el alma no se pierde en ellas, se siente a seguro como en su propio lugar, su lugar natural».³²

En 1965 publica otro de sus más importantes libros, *El sueño creador*,³³ donde, siguiendo el camino trazado por Freud, se adentra en la realidad-sueño. Pero, a diferencia de lo que él hizo, María Zambrano hará especial incidencia en «la forma del sueño». El fundador del Psicoanálisis se preocupó fundamentalmente del contenido de los sueños. Para ella, la diferencia fundamental entre el sueño y la vigilia radica en que en el sueño desaparece la voluntad y la resistencia, las cosas ocurren siguiendo su propio ritmo, sin ninguna interrupción ni extrañeza por parte del que sueña. En el sueño «todo sucede como si desde el primer instante el sueño estuviese ya hecho, fuese una historia que hubiese ya ocurrido y a la cual no podemos añadir ni quitar nada».³⁴ Muy cerca se halla María Zambrano de los estudios que sobre el «subconsciente colectivo» y sobre los «arquetipos» realizó Jung. En todo caso, la presencia de la realidad-sueño en la literatura es tan antigua como la literatura misma. Así, las tragedias griegas no eran sino sueños, dado que en ellas el protagonista no puede realizar ninguna acción. También al final de la modernidad reaparecen estas obras trágicas, no otra cosa son las obras de Kafka, o la de Dostoievski.

María Zambrano intentó en esporádicas ocasiones penetrar en el terreno de la creación literaria. Una de ellas es especialmente significativa, al intentar recuperar un género denostado en la actualidad, pero profundamente admirado por ella: la tragedia. En 1967 publica *La Tumba de Antígona*,³⁵ donde Antígona es rescatada del cruel destino que su creador, Sófocles, le había deparado. La Antígona de María Zambrano ya está en su tumba, y hasta allí acuden sus seres más cercanos para que ella les ofrezca el perdón. Se encarna aquí el mito de la feminidad condenada, condenada por un tiempo y un destino, que hicieron de ella una realidad sin ser.

La comprensión del pensar de María Zambrano es como río discontinuo, que de la misma manera que fluye por plácidas llanuras como esperando su mar, en otras ocasiones se lanza precipitado hacia paisajes demasiado escarpados. Uno de los libros más enigmáticos es *Claros del bosque*.³⁶ Para Jesús Moreno esta obra representa la puesta en «escena» de San Juan de la Cruz,³⁷ pues abandonando el decir discursivo utilizado en tantas de sus obras, se hunde de lleno en el mundo de la palabra desmedida. En su anhelo de conquistar la palabra in-

32 *Ibidem*, p. 145.

33 *El sueño creador*. Madrid, Turner, 1986.

34 *Ibidem*, p. 17.

35 *La tumba de Antígona*, Litoral, núms. 121-122-123, 1983, y en *Senderos*.

36 *Claros del bosque*. Barcelona, Seix Barral, 1986.

37 *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*. Madrid, Siruela, 1993, p. 621.

hallada se encuentra que, «indecisa, apenas articulada, se despierta la palabra. No parece que vaya a orientarse nunca en el espacio humano, que va tomando posesión del ser que despierta lenta o instantáneamente».³⁸ De indócil condición, la palabra no acude sino a aquél que halla vigilante mientras todos los demás están durmiendo.

En 1982 aparece uno de esos textos paradigmáticos del decir de María Zambrano: *Dos fragmentos sobre el amor*.³⁹ Textos éstos que aparecen como con una fuerza inusitada. Da la sensación de ser una obra menor, de ser fragmento de obra inacabada, pero en ella esconde un saber más global, más esencial. Comienza criticando la mentalidad actual porque en ella el amor no puede ser entendido: «una de las indigencias de nuestros días es la que al amor se refiere,. No es que no exista, sino que su existencia no halla lugar de acogida».⁴⁰ Si el amor es esencialmente anhelo de unidad con el otro, el logro de esta unidad implica renuncia a lo propio, pero parece que no soplan los vientos propicios a ningún tipo de renuncia. Nuestra actual civilización se asienta sobre una concepción negativa de la libertad, en la que el individuo exige antes de dar. Y claro, si todos nos empeñamos en recibir antes de hacer ofrenda, resulta complejo que empiece la unión.

El 20 de noviembre de 1984 María Zambrano regresa a Madrid después de 45 años de exilio. Fue uno de los últimos en volver, pero regresaba ya para quedarse definitivamente en donde siempre hubiera debido estar. Pero al menos podía regresar para lo más importante, para morir en su sitio, para descansar los últimos días entre los suyos.

Son estos años ochenta década de actividad incesante, y es que urge sacar a la luz todo lo posible de lo mucho que estaba sin publicar. Fueron años de reconocimiento y de colaboración, son los años de la creación de la Fundación María Zambrano y de premios. En 1984 apareció *Andalucía, sueño y realidad*,⁴¹ donde vienen a recogerse distintos artículos dispersos. En uno de ellos: «Un pensador», viene a mostrarse su alianza eterna con otro de los frutos más logrados de esta tierra andaluza, Antonio Machado. Lo había conocido siendo ella una niña —era íntimo amigo de su padre— y en él encontrará a uno de los maestros del pensamiento español. En Machado encuentra el tipo puro de pensador, aquél que no renunciando a nada lo consigue todo, en él encuentra una síntesis perfecta entre la religión, el pensamiento y la poesía. El pensador-amigo con el que cruzó la frontera tras la fatal derrota le había mostrado cómo poesía y pensamiento no deben seguir sendas paralelas, sino que deben, para lograr la plenitud, caminar juntas. Poesía y filosofía representan en Juan de Mairena lecturas distintas, superpuestas, de la misma realidad, y es que para Machado «el

38 *Ibidem*, p. 25.

39 *Dos fragmentos sobre el amor*. Málaga, Imprenta Dardo, 1982.

40 *Ibidem*, p. 15.

41 Granada, Andaluzas Unidas, 1984.

escepticismo de los poetas puede servir de estímulo a los filósofos. Los poetas, en cambio, pueden aprender de los filósofos el arte de las grandes metáforas, de esas imágenes útiles por su valor didáctico e inmortales por su valor poético. Ejemplos: el río de Heráclito, la caverna de Platón...». ⁴² Para Machado los poetas son filósofos que no han logrado llegar a realizar su proyecto, y los filósofos son poetas que se crean sus metáforas: son realidades contrapuestas pero unidas por su proyecto común de encontrar lo absoluto. También él le enseño que ser pensador de izquierdas no conlleva la necesidad de renunciar a las creencias religiosas.

En 1986 se publicaron dos libros suyos, de un lado *De la aurora*, ⁴³ y de otro *Senderos*. ⁴⁴ En el primero, prosigue un camino ya trazado previamente en *Claros del bosque*. Aquí persigue descifrar ese anhelo humano por intentar hallar el momento de la revelación. *El hombre*, naturaleza impar, no ha sabido encontrar a lo largo de su existencia sobre la tierra ese momento afortunado en que la luz le sea propicia. Ella, utilizando su razón poética, se sume en estados de belleza poética y de profunda intelección. Utilizando la metáfora del comiezo del día, nos hará comprender la necesidad de saber estar para poder hallarla. «En el ser humano, como se sabe, anda la luz escondida en las tinieblas, siendo ella, la luz, lo inicial. Y así la Aurora no es el comienzo, sino el centro del día en medio de la noche, el día-noche, la luz, tinieblas que luego se separan sin perderse la una en la otra, la vida misma, pues.» ⁴⁵ En *Senderos* se recogen multitud de artículos que habían sido publicados durante el periodo de la guerra civil, y que resultaban inhallables. Ella misma justifica el título en el prólogo: «El título de *Senderos* [...] me deja una cierta paz, esa paz indispensable para el escritor y para la pobre escritora que soy y que nunca quise ser. Esa paz que proviene de haber hecho simplemente y de la mejor manera posible lo que tenía que hacer.» ⁴⁶

Después de haber recibido el Premio «Miguel de Cervantes» en 1988, publicó al año siguiente dos libros: *Notas de un método* ⁴⁷ y *Algunos lugares de la pintura*. ⁴⁸ A través del primero intenta fijar aquello que siempre le tuvo preocupada, encontrar su propio camino, lejos de la tradición más duramente racionalista y cerca de una tradición española y europea donde el alma tuviera también sus momentos de presencia. María Zambrano intentó siempre aunar esfuerzos. Para ella la tradición griega –Heráclito, pitagóricos, Platón, Plotino–

42 Juan de Mairena- *Sentencias, donaires y recuerdos de un pensador apócrifo* (1934-1936), en *Poesía y prosa*. Tomo IV. Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 1995.

43 Madrid, Turner, 1986.

44 Barcelona, Anthropos, 1986.

45 *De la aurora*, p. 47

46 *Senderos*, p. 9.

47 Madrid, Mondadori, 1989.

48 Madrid, Acanto, 1989.

no iba a entrar en conflicto grave con la fe cristiana. En San Agustín se hace armonía lo que en un principio se había convertido en escándalo. En la medida en que Occidente se ha obsesionado por la continuidad ha ido eliminando en el pensar aquellas líneas de discontinuidad que dejan brotar lo más íntimo del ser humano. Distingue ella entre el ritmo de un decir y la melodía, «el ritmo es conceptual, está dado; una vez encontrado no hay más, como sucede en las marchas militares. No hay sorpresa ni asomo de revelación. Sólomente en la melodía puede haber revelación; la melodía es creadora, imprevisible. El ritmo, por el contrario, es expresión de la falta de libertad».⁴⁹ María Zambrano procuró a lo largo de todas sus obras seguir el ritmo que sus predecesores, Ortega, Unamuno, Machado, Heidegger, Bergson..., le habían marcado. Pero no siguió fielmente a ninguno de ellos, ella debía encontrar su propia melodía y una forma distinta de hallar la verdad. En *Algunos lugares de la pintura*, que recoge artículos de épocas diversas que versan sobre el mundo de la pintura, viene a demostrarnos su sed infinita de ver y comprender. María Zambrano amó la pintura, como amó casi todas las artes, y en este libro hace un acercamiento a distintos momentos de la pintura, especialmente de la española. Buscaba en los cuadros no sólo imágenes, o sensaciones, sino aquello que las imágenes ocultan y no dejan ver: las ideas. La pintura es la forma primera en que el ser humano manifiesta su inquietud. Ya desde los comienzos de su realidad, el ser humano intentó hacer penetrar la luz en la oscuridad de las cavernas. «La pintura es una presencia constante, existe para mí, ha existido siempre, como un lugar privilegiado para detener la mirada».⁵⁰ El valor de la pintura en nuestro país es todavía más relevante. Aquí hemos hecho de la pintura el arte por excelencia. Ningún otro país ha amado como el nuestro las imágenes. La pintura es en España un milagro.

El último libro que María Zambrano vio publicado en vida fue *Los bienaventurados*.⁵¹ Viene a glosar el esfuerzo de unos pocos por encontrar la verdad, y todo ello con un único fin: salvar la esperanza. La vida humana nace desprotegida y es el esfuerzo de exiliados, místicos, filósofos, poetas, etc., el que nos permite protegernos de la intemperie del movimiento incesante de las cosas.

Una tarde de invierno, en febrero de 1992, María Zambrano apuraba las últimas gotas de aire, abandonaba por fin este lugar donde nunca había hallado del todo la paz. Finalmente pudo, pues, realizar su último deseo: morir en Madrid.

Con carácter póstumo se publicó en 1991 *Los sueños y el tiempo*,⁵² obra que venía a recoger lo más importante de una reflexión que sobre los sueños venía realizando desde los años 50. A María Zambrano le hubiera gustado, ya desde

49 *Notas de un método*, p. 12.

50 *Algunos lugares de la pintura*, p. 11.

51 Madrid, Siruela, 1990.

52 Madrid, Siruela, 1992.

pequeña, no haber de dormir para ver la forma de penetrar aquello de misterioso que hay en los sueños. Esta obra es complementaria de *El sueño creador*, y fundamento antropológico de todas las demás obras suyas. Nacer es despertar de un sueño, con el cual el sueño es lo primigenio, nuestro lugar de procedencia. Ella señala: «no es que me haya propuesto hacer la metafísica de los sueños, ni de la realidad en tanto que soñada, sino que al ser el soñar la manifestación primaria de la vida humana, y los sueños una especie de prehistoria de la vigilia, muestra la contextura física de la vida humana allí donde ninguna teoría o creencia puede alcanzar».⁵³

53 *Ibidem*, p. 3.